

PRINCIPIOS DE ECONOMÍA HUMANISTA¹

Eduardo Valencia Vásquez

Economista

Director del Instituto de Investigaciones Económicas

Pontificia Universidad Católica del Ecuador

evalencia@puceuo.puce.edu.ec

I. El Debate Sobre la Crisis de la Humanidad

1. El Consenso de Washington: La Guerra de las Galaxias de las Grandes Corporaciones

Ninguna propuesta sobre el futuro de la civilización humana puede desestimar que lo que verdaderamente está en entredicho es el problema del hombre. Cuando cayó el muro de Berlín, la humanidad fue invitada a cantar loas a la Buena Nueva, al advenimiento del modelo Neoliberal llamado, según sus propulsores, a reinar por siempre, pues, supuestamente, ya no habría en el futuro la posibilidad de introducir una propuesta mejor en la historia de las ideas humanas. Empezó el apogeo del pensamiento “único”, del pensamiento “uniforme”; un modelo aparentemente sustentado en el pensamiento clásico de Adam Smith pero reformado por el Consenso de Washington en 1989, una iniciativa promovida por el Capitolio y sus brazos armados de la economía mundial, el FMI y el Banco Mundial, cuya dirección le correspondió a un economista cultor de la recientemente recuperada ideología libertaria, John Williamson.

El Decálogo del nuevo evangelio se sustentaba en diez tesis fundamentales: 1. Disciplina Fiscal; 2. Reorientación del gasto público; 3. Reforma fiscal; 4. Liberalización financiera; 5. Tipos de cambio unificados y competitivos; 6. Liberalización comercial; 7. Apertura a la Inversión extranjera directa; 8. Privatización; 9. Desregulación legal; 10. Seguridad de Derechos de Propiedad.

Detrás de estas tesis, se hizo evidente el propósito de dismantelar los estados nacionales, a los cuales se atribuyó ser la causa de la caída de las

economías socialistas. Menos evidente fue que la iniciativa había sido concebida por las grandes corporaciones internacionales privadas desde hace mucho tiempo antes, según hoy se conoce, cuando empiezan a develarse los informes de las reuniones de representantes de los bancos y corporaciones empresariales en Bilderberg y Iron Mountain, generalmente expresadas a través de estudios efectuados por “think tanks” afines como la Comisión Trilateral. A partir de dicho año, empezaron a proliferar en el planeta las así denominadas políticas aperturistas, poniendo como ejemplo el caso de los países del sudeste asiático que, supuestamente habían seguido las políticas del laissez-faire, es decir, sin intervención del Estado. En los demás continentes, los organismos financieros internacionales fueron los encargados de imponer tales políticas, a través de la invitación a seguir el ejemplo de los países ricos que, también supuestamente, lo habían conseguido por la vía de la apertura indiscriminada de los mercados y no de la protección estatal.

Se invitaba, pues, a formar parte, del gran proceso de globalización, a que todos los pueblos aumentaran su riqueza en corto tiempo a través de su inserción en el gran mercado mundial. Para ello, solo se requería seguir los consejos de los especialistas en las tesis del Consenso de Washington. A partir de entonces, fueron desterrados del planeta los economistas humanistas. Se les dio preeminencia a los financistas privados devenidos en economistas, que pretendieron enterrar la economía de la demanda keynesiana y revivir la llamada economía de la oferta de corte friedmaniano.

¹ Trabajo presentado en el V Encuentro Internacional de Economía. “La Responsabilidad Social de los Intelectuales”, organizado por la IFundación CIEC . Buenos Aires, 10-12 de agosto de 2005.

Pero tal celebración contrasta con la desazón que hoy, nada más que una década y media después, cunde por todo el mundo. Desde dentro del propio sistema cada vez más se incrementan las voces de líderes de opinión que cuestionan los propósitos y resultados del nuevo evangelio libertario.

Paul Krugman, profesor del MIT y articulista del *New York Times*, en su libro *De Vuelta a la Economía de la Gran Depresión*, ha denunciado al modelo asiático como un “Capitalismo clientelista” sustentado en el “fomento de las ganancias privadas a costa de la economía”, que más tarde devendría en una grave crisis con repercusiones mundiales.

Y ante la indagación de quienes eran y qué ofrecían los bancos que manejaron la economía de dichos países, establece que su influencia era muy grande porque “ofrecían conexiones políticas... el dueño de la compañía financiera era el pariente de algún funcionario de gobierno... de una manera u otra, jugadas parecidas estaban ocurriendo en todos los países que pronto caerían en la crisis...: allí la típica transacción dudosa era un préstamo directo del banco extranjero a una compañía controlada directamente por alguno de los compinches del presidente... los grandes deudores eran bancos efectivamente controlados por los *chaebol*, los enormes conglomerados que han dominado la economía de la nación y, hasta hace poco, su política”. Tras de los *chaebols* estaban los descendientes de los terratenientes medievales convertidos en capitalistas industriales o financieros.

El fracaso de las políticas neoliberales en la mayoría de los países contemporáneos Paul Krugman atribuye a “el conjunto específico de ideas tontas que ha reclamado el nombre de “economía de la oferta” [y] es una doctrina excéntrica que tendría poca influencia de no ser por el atractivo que ejerce sobre los prejuicios de editores y hombres ricos”. Es más, considera que aunque la gran depresión tal cual ocurrió en los años treinta del siglo pasado todavía no ha regresado, “la economía de la depresión, es decir, la clase de problemas que caracterizaron una buena parte de la economía mundial en los años treinta, ha hecho una reaparición sensacional”.

Citando a Joseph Schumpeter sugiere el auténtico camino de la recuperación. Según este: “la recuperación es sólida sólo si proviene de sí misma. Porque cualquier reactivación que se deba solamente a estímulos artificiales deja parte del

trabajo de la depresión sin hacer y le agrega un residuo de desajuste sin digerir, un nuevo desajuste propio que debe ser liquidado a su turno, amenazando así a los negocios con otra crisis (peor) más adelante”.

Joseph E. Stiglitz, el premio Nobel de Economía, por otro lado, denuncia franca y categóricamente al FMI y al Banco Mundial el ser parte directa en importante de la crisis mundial, luego de haber sido uno de los ejecutivos más altos de la última y de haber ejercido como jefe del equipo de asesores económicos del presidente Bill Clinton. Acusa al FMI de una “posición imperialista” y de creer que prácticamente “todo caía bajo su campo de acción”. Considera que “medio siglo después de su fundación, es claro que el FMI no ha cumplido su misión... A pesar de que nuestra comprensión de los procesos económicos se ha incrementado enormemente durante los últimos cincuenta años, y a pesar de los esfuerzos del FMI durante el último cuarto de siglo, las crisis en el mundo han sido más frecuentes y (con la excepción de la gran Depresión) más profundas.

Según algunos registros, casi un centenar de países han entrado en crisis; y lo que es peor, muchas de las políticas recomendadas por el FMI, en particular las prematuras liberalizaciones de los mercados de capitales, contribuyeron a la inestabilidad global. Y una vez que un país sufría una crisis, los fondos y programas del FMI no sólo no estabilizaban la situación sino que en muchos casos la empeoraban, especialmente para los pobres”. Y es aún más enfático al comentar el objetivo del FMI como parte del problema y no de la solución del subdesarrollo económico, al sostener que: “la entidad no reivindica en verdad experiencia en la cuestión del desarrollo –como he señalado, su mandato fundacional es sostener la estabilidad económica global, no mitigar la pobreza en los países subdesarrollados – y sin embargo no titubea en presentar con entusiasmo argumentos triunfales sobre el asunto.

Los temas del desarrollo son complicados, y en muchas facetas los países subdesarrollados presentan dificultades muy superiores a las de los países más desarrollados. Esto es así porque en las naciones en desarrollo los mercados a menudo no existen o, cuando lo hacen, a menudo funcionan mal. Abundan los problemas de información y las costumbres pueden afectar significativamente el comportamiento económico”.

Más precisos son todavía son Ha-Joon Chang y Dani Rodrik, profesores de las universidades de Harvard y Cambridge, respectivamente, al denunciar el sofisma implícito en la teoría y en la evidencia empírica de las tesis neoliberales tan publicitadas del Consenso de Washington. En su libro *Pateando la Escalera*, Ha-Joon Chang devela que tanto Inglaterra como los Estados Unidos no solo fueron los pioneros en haber usado el proteccionismo para desarrollar sus economías, a través de la implementación del concepto de industria infante, sino que este estuvo vigente hasta la época de la Segunda Guerra Mundial. Cosa semejante describen para las demás economías europeas y para el Japón y los llamados "Tigres asiáticos". Y sólo después de haber logrado consolidar aparatos productivos sólidos, dichos países abrieron sus fronteras para el comercio libre.

Lo irónico, según estos economistas, es que una vez que los países ricos han alcanzado preeminencia mundial gracias a un largo período proteccionista –que se remonta incluso a cuando fueron países colonizadores– ahora, literalmente, "patean la escalera", para impedir que los demás países en proceso de desarrollo puedan acceder al mismo patrón de desarrollo y transiten por el mismo camino.

Rodrik, en un artículo titulado *¿Y después del neoliberalismo, qué?*, incluso establece que dentro de los países en desarrollo, sólo aquellos que no siguieron las pautas impuestas por el Consenso de Washington a través del FMI y el Banco Mundial, han tenido un desempeño mejor que aquellos que sí las acogieron. Tal es el caso de China, la India y Vietnam.

2. El Fracaso del Modelo Neoliberal

Las críticas al modelo neoliberal, empero, no se limitan únicamente al fracaso en los países pobres; aún dentro del mundo desarrollado las críticas arrecian. Baste mencionar en esta ocasión a dos de ellos.

El español Joaquín Estefanía, en su libro *La Nueva Economía. La Globalización*, concluye que "El cambio económico nos ha traído nuevos problemas; mientras en unos lugares avanza la desigualdad, en otros se incrementa el paro... Indiferentes a estas cuestiones, que unos llaman sociales pero que son políticas en su esencia más profunda, los nuevos poderes –esos inclasificables mercados movidos nunca se sabe exactamente

bien por quién – elaboran sus propias leyes, mueven sus sedes de producción, desplazan sus capitales a la velocidad de la luz e invierten (o desinvierten) de un extremo a otro del planeta; no conocen fronteras, ni Estados, ni culturas, se burlan de las soberanías nacionales, especulan contra las monedas, provocan recesiones y adoctrinan a los gobernantes... Un mercado (global) sin reglas es un mercado negro en el que los nuevos sujetos de poder son, muchas veces, las mafias, adquieran el disfraz que adquieran". Y el mismo Paul Krugman, al referirse al estado de cosas en su propio país, expresa que allí, en Estados Unidos:

Todo es para los más ricos, conforme al titular de un artículo suyo publicado en el periódico *El Mundo de España*, el 3 de noviembre del 2002, en el que denuncia que las 13.000 familias más ricas disponen de la misma renta total que los 20'000.000 de hogares más pobres. Y más recientemente, el 10 de junio de 2005, en su columna del *New York Times* exclama en su titular que los norteamericanos estamos *Perdiendo Nuestro País*, pues devela que, en términos constantes, en los últimos treinta años, mientras el 1% más rico de la población ha duplicado su ingreso anual y el 0.1% aún más rico lo ha triplicado, en cambio la gran masa de gente pobre y de clase media sólo ha crecido en un 22%, pero debido a que ahora trabajan mayor número de miembros de las familias y lo hacen por un mayor número de horas diarias. Y al final del artículo, convoca a que "Tratemos de hacer algo contra la **política de la codicia**".

El Informe de Desarrollo Humano publicado por las Naciones Unidas establece la misma o peor correlación a nivel mundial: en el mundo solamente 215 personas obtienen anualmente un ingreso igual al del 45% de la población, esto es, equivalente al de 2.800 millones de personas

La síntesis del pensamiento descrito la realizó magistralmente el mismo periódico norteamericano *The New York Times*, el más influyente del mundo, cuando en el mes de Julio de 2002 recogió en forma precisa lo que ocurre, al expresar que "la crisis del capitalismo la han provocado los propios capitalistas".

Curiosamente, el propio Director-Gerente del Fondo Monetario Internacional, Michelle Camdessus, en Noviembre de 1998, en una conferencia ante banqueros en la ciudad de Panamá, mencionó que para superar la actual

crisis de América Latina era primero necesario “evitar las relaciones incestuosas entre Estados, banqueros y empresarios”. Y, según la revista italiana *Presenza*, en Marzo de 2000, en Roma, el mismo Camdessus dijo que: “Debemos lograr dominar a la globalización, debemos poder humanizarla, para evitar que se haga más sensible la diferencia de ingresos entre ricos y pobres...” Y, aún más sorprendente, uno de los mayores beneficiarios del llamado capitalismo aventurero, el financista internacional que con su enorme poder especuló contra la libra inglesa y contribuyó a su devaluación hace varios años, George Soros en su artículo *Open Society* aparecido en *Le Nouvel Observateur* en febrero de 1997: “se tiene en cuenta cada vez más el dinero y el éxito como criterios de valor...”

Lo que constituía medio de intercambio ha usurpado el lugar de los valores fundamentales, invirtiendo las relaciones postuladas por la teoría económica. El culto del éxito ha reemplazado la creencia en los principios. La sociedad ha perdido su anclaje.... si nuestra visión no es moderada por el reconocimiento de un interés común superior a los intereses individuales, nuestro sistema actual - que aunque imperfecto puede definirse como sociedad abierta- corre el peligro de hundirse... una sociedad abierta puede ser amenazada por un exceso de individualismo, por un exceso de competencia y una falta de cooperación.

Yo no clasifico el “laissez-faire” capitalista en la misma categoría que el fascismo y el comunismo. Las ideologías totalitarias buscan destruir deliberadamente la sociedad abierta. Las políticas del “laissez-faire” la ponen en peligro, pero por inadvertencia... considero la amenaza del *laissez-faire* como más real, actualmente, que aquella de las ideologías totalitarias”.

Y, a propósito de la crisis por la que atraviesa la propia economía norteamericana, el ex vicepresidente Al Gore denunció al *New York Times* que está en serio peligro “el capitalismo democrático” y que en la campaña del 2000 sostuvo que la fórmula Bush-Cheney era “financiada por una nueva generación de intereses especiales, gestores de poder que no desearían nada mejor que un presidente dócil, capaz de torcer la política pública y acomodarla al servicio de sus propósitos y ganancias”. Aseveró también que “algunos consideraron que esa advertencia era contraria a la actividad económica y los negocios. Nada de eso. Creo

ahora, como dije entonces, que cuando intereses poderosos tratan de aprovecharse del pueblo norteamericano, a menudo son otras empresas las que resultan perjudicadas en el proceso...”

Creo que junto con Bill Clinton tuvimos razón en sostener, durante nuestra campaña electoral de 1992, que debíamos luchar en favor de “la olvidada clase media” y en contra de las fuerzas de la codicia. Defender “al pueblo y no a los poderosos” era la alternativa correcta en el 2000”.

En resumen, ubicó el problema de la siguiente manera: “Una vez más estamos en un momento como éstos. Un poder fuera de lo común se combinó con una **codicia** fuera de lo común para generar inmensas pérdidas y decepciones. Millones de norteamericanos comunes y corrientes han sido víctimas... Es necesario corregir a fondo el rumbo de nuestra nación. Ha llegado el momento en que todos los norteamericanos hagan frente a los poderosos en beneficio del pueblo”.

La opinión del ex-vicepresidente de los Estados Unidos no es una voz aislada; se enmarca en la mejor tradición de pensamiento económico-político de ese país. En efecto, tan temprano como en 1865, el presidente Abraham Lincoln ya expresaba sus temores acerca del poder de los más ricos en la conducción de su país: “Las Corporaciones han sido entronadas...”

Una era de corrupción en las altas posiciones continuará y el poder del dinero se esforzará por prolongar su reinado sustentado en los prejuicios de la gente... hasta que la riqueza esté concentrada en unas pocas manos... y la República sea destruida”. Y pocos años después, al constatar la verdad profética de su antecesor, otro Presidente norteamericano, Rutherford B. Hayes, denunció la tergiversación de la famosa frase de Lincoln en Gettysburg, al sostener que en su país “Ya no es más cierto que el suyo era el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo. Este es un gobierno de las corporaciones por las corporaciones y para las corporaciones” (Citado por David Corten en *Cuando las Corporaciones Gobiernan el Mundo*, Kumarian Press y Berret-Koehler Publishers, 2001).

Acerca del peligro de que las grandes corporaciones internacionales continúen

utilizando su poder para afianzar sus conquistas, el gran escritor norteamericano, profesor del MIT, Noam Chomsky en su libro *Hegemonía o Supervivencia*, denuncia que el momento histórico es crucial para la humanidad. Se trata de un problema de supervivencia para la humanidad ante el avance de la hegemonía económico-militar del verdadero poder tras el gobierno norteamericano: las corporaciones. Alude a la retórica oficial de la Estrategia de Seguridad Nacional que establece que "Nuestras fuerzas tendrán el poderío suficiente para disuadir a los adversarios potenciales de adelantar una escalada militar con la esperanza de sobrepasar o igualar el poder de Estados Unidos." Y cita a un conocido experto en asuntos internacionales, John Ikenberry describiendo esta proclamación como una "estrategia global [que] comienza con el compromiso fundamental de preservar un mundo unipolar donde Estados Unidos no tenga un rival a su altura", condición que ha de ser "permanente [de modo] que ningún Estado o coalición pueda jamás desafiar [a Estados Unidos] en su condición de líder mundial, protector y guardián de la ley".

Así, pues, para nadie ya, nunca más, puede pasar inadvertido que tras de la crisis del modelo neoliberal -que era previsible si se hubiese entendido que en su confrontación dialéctica con el socialismo, ambas partes, y no solo esta última, "debían" entrar en crisis -, hoy aparece en plenitud el drama de la pobreza que afecta a cuatro quintas partes de la humanidad; y con ella, todas las formas de desorden posibles: la corrupción en las más altas esferas del poder público y privado; el narcotráfico y las mafias que controlan enormes segmentos de la economía mundial; el "**capitalismo aventurero**" que ha inflado burbujas especulativas para favorecer a unos cuantos burócratas bancarios privados; el terrorismo que es expresión caótica de la crisis de ideas; la migración de los desposeídos como reacción al injusto orden internacional; las guerras que proliferan ante la pérdida de vigencia del diálogo; el rompimiento de la familia como núcleo de la sociedad; la secularización de las sociedades que han sustituido a Dios por el poder del dinero.

La humanidad debe estar vigilante pues, ante el crecimiento de la conciencia mundial acerca de estas realidades, el Consenso de Washington contraataca. Se sabe que los organismos internacionales han pedido al mismo John Williamson que convoque nuevamente al concilio

de expertos neoliberales para elaborar una versión de sus tesis bajo el nombre de Consenso de Washington Reformado, procurando darle un tinte algo más social y así acallar las voces alternativas disidentes que se levantan en todos los foros sociales mundiales.

II. Crítica a la Cientificidad de la Economía

1. Bases Deleznables en la Determinación de las Curvas de Oferta y Demanda

Aunque Adam Smith en su libro *La Riqueza de las Naciones* pretendió ubicar la economía como parte de la filosofía moral, esta fue ubicada más bien como parte de las ciencias positivas, según las cuales la economía obedece a leyes inmutables. Según Milton Friedman en *La Economía Positiva*, es en principio independiente de cualquier posición ética...[como dice Keynes], se refiere a "lo que es", no a "lo que debería ser"... Su funcionamiento ha de ser juzgado por la precisión, alcance y conformidad de las predicciones que suministra con la experiencia. En resumen, la Economía Positiva es, o puede ser, una ciencia "objetiva", precisamente en el mismo sentido que cualquiera de las ciencias físicas"

Según esta interpretación restringida, el ser humano procede en sus relaciones de intercambio orientado exclusivamente por **motivaciones materiales: la maximización de la satisfacción**, o de la "utilidad psicológica" individual, en tanto en cuanto las personas actúan como individuo-consumidor; y la maximización de la "utilidad pecuniaria" en la producción, en tanto en cuanto las personas actúan como empresarios. En la versión latina, la palabra utilidad deviene del concepto de "útil", es decir de lo que le es conveniente a un individuo en el "uso" de los bienes y servicios que necesita consumir y/o producir. En el consumo, maximiza su utilidad individual cuando consume más y más de algún bien o servicio que le provee de alta satisfacción. Esta es pues una reacción sensorial que puede también llamarse saciedad material.

En la producción, el concepto de utilidad representa la satisfacción que representa para el individuo-empresario el perpetuo "aumento de excedentes" de bienes producidos, una vez que ha cubierto los costos de los bienes y servicios intermedios que ha utilizado para explotar o transformarlos. Modernamente, para representar esta satisfacción material del empresario, tanto en las lenguas latinas como en las anglosajonas se

utiliza más comúnmente la expresión “beneficio”. En todo caso, esta última también proviene de la expresión latina que significa satisfacción psicológica, saciedad individual, obtención de provecho; es decir, “conveniencia” psicológica individual.

En la historia económica, el proceso de cuantificación de la utilidad o beneficio se gestó primero en la teoría de la producción o de la oferta, pues, gracias al desarrollo de las ciencias matemáticas y contables, los bienes y servicios producidos podían ser contados con exactitud. Al final de un período se podía, pues, saber y calcular cuánto se había producido y cuanto se había pagado a los proveedores de materias primas y productos intermedios. Bastaba deducir lo pagado de lo producido y se podía establecer el monto y valor del excedente y, por tanto, establecer la utilidad o beneficio material del productor. Mientras más altos los excedentes, mayor la utilidad o satisfacción “tangible” del empresario. Esta valoración se consideraba científica pues el excedente, siendo tangible, podía ser observado y constatado.

Podía pues constituirse en una ley de la producción, cumpliendo así el requisito indispensable para que esta se transforme en una teoría de la oferta. Friedman lo ratifica diciendo: “bajo un amplio marco de circunstancias, las empresas individuales se comportan *como* si estuviesen buscando racionalmente maximizar sus rendimientos esperados (denominados generalmente, pero de forma desorientadora, “beneficios”)”

Pero lo que parecía “relativamente” apropiado y sensato para diseñar la teoría de la oferta, no fue tan claro cuando se trató de elaborar la teoría de la demanda. Sus autores -Alfred Marshall, principalmente-, dibujaron la curva de demanda siguiendo los mismos principios metodológicos que los de la oferta, y concibieron como “posible” el “medir” el grado de utilidad o satisfacción de los consumidores, a través del uso de los mismos ejes cartesianos, cuyos valores de incremento de la satisfacción positiva ascendía conforme crecían las cantidades consumidas.

De acuerdo al principio de que las gentes aumentan su satisfacción mientras más consumen de los bienes y servicios (es decir, mayor satisfacción a mayor consumo), se supuso que mientras existiese deseo de consumir la utilidad aumentaba hacia arriba y solo si hubiese

insatisfacción las medidas podían ser negativas hacia abajo.

La teoría presupone que el límite para consumir y producir efectivamente solo se podía encontrar – en el corto plazo, se entiende– en el mercado, una vez que consumidores y productores se encuentren. Si en este hubiese escasez porque los productores no abasteciesen suficientemente, los consumidores aumentarían su necesidad de cubrir su satisfacción, es decir su **“sensación” de saciarse**, la misma que se conseguiría solo si los productores aumentan su oferta de dichos bienes o servicios. Si, al contrario, existiese sobreproducción, es decir exceso de bienes disponibles para el consumo, los consumidores no sentirían escasez y por tanto no demandarían con mayor ansiedad porque no tendrían la **“sensación” de escasez**.

Mientras la economía se vio abocada a resolver problemas de necesidades reales, las “sensaciones” vinculadas a la satisfacción o utilidad podrían haber sido consideradas aceptables como guía para la actuación de los individuos. Queda por supuesto, la severa duda de si la curva de demanda puede ser considerada científica en la forma que fue elaborada. ¿Es que se puede verdaderamente “medir” el grado de satisfacción o utilidad de las personas?

La discusión no es nueva. Hay economistas, empresarios, filósofos y psicólogos que han cuestionado su fundamentación epistemológica. Como se verá más adelante, hoy se cuestiona a la motivación psicológica de la utilidad (o satisfacción) como la única que motiva al “ser humano”. No obstante, sobre este pilar se construyó toda la teoría de formación de los precios, hoy tan exaltada por la escuela neoliberal. Uno de sus máximos representantes, también de la escuela de Chicago, Ludwig von Mises, consideró que esta forma de cálculo era la única y auténtica, por considerar que solo en un mercado libre las personas podían expresar sus auténticas motivaciones.

Según él, no había otra forma de cálculo posible que no sea la de establecer el valor de las cosas en un mercado en donde los seres humanos puedan dar rienda suelta a sus “sensaciones” provenientes del grado de escasez. De lo cual deriva el argumento de que si no es posible otra forma de cálculo, no era posible otro sistema económico.

Supuestamente, solo en un mercado libre la economía podía ser científica y, por tanto, posible. En otras palabras, solo en aquellas sociedades en donde los individuos puedan expresar ilimitadamente sus "sensaciones" derivadas de la escasez relativa es posible una economía científica, tangible y cuantificable; observable y medible. Solo así podían construirse leyes de aplicación universal; solo así podía cumplirse el requisito de toda ciencia positiva: que a partir de estas leyes debidamente comprobadas en el mercado puedan extrapolarse o "deducirse" predicciones futuras. Si la economía podía de este modo predecir el futuro – porque las leyes, por ser tales, tenían que ocurrir del mismo modo en el futuro – entonces se podía "anticipar" dichos sucesos, ya sea para incentivarlos o para evitarlos.

Obviamente, se sobreentendía en todos estos análisis que todo lo que no pueda ser testeado o comprobado no era científico. Así, pues, se desechó toda posibilidad de que la economía pueda recoger juicios de valor de cualquier especie. Supuestamente, las ideas de justicia, equidad, solidaridad, entre otras, no formaban parte de los hechos o fenómenos físicos "observables" en el mundo del consumo y de la producción y, por tanto, debían ser descartados. Tampoco se aceptaba como pertinente el aceptar que en el mercado las personas podían concurrir con acervos distintos de riqueza o de poder para influir en la formación de la demanda y la oferta. La economía dejó de ser humana, social y política y pasó a convertirse en una más de las ciencias positivas: los hechos son como son y no como deben ser. La economía se hizo aética.

Todo esto, sobre todo en las mentes de los economistas neoclásicos más interesados en emular la metodología científica de las ciencias naturales antes que en honrar el objetivo fundamental de la economía: asignar los recursos "apropiadamente" entre los seres humanos. Por ahora, baste haber insinuado, el propósito fundamental de la economía de los economistas neoclásicos que influyeron en el actual modelo neoliberal.

De la construcción de las curvas de demanda y oferta depende todo el andamiaje de la teoría económica. De cómo se armó la microeconomía, es decir la teoría de formación de los precios relativos depende la macroeconomía, es decir, los agregados económicos y los sectores hacia donde se distribuyen los recursos. La Economía del Equilibrio General y la Teoría de la

Determinación del Ingreso Nacional se sustentan fundamentalmente en la forma como se comportan los individuos cotidianamente. Incluso las cuentas fiscales y las que registran las transacciones internacionales dependerán de dicho comportamiento. Por ello es importante indagar el estado actual de la discusión para comprender en forma más honda que, de la forma cómo los seres humanos se relacionan para determinar los precios en los mercados depende en gran parte, también, la forma cómo los seres humanos deciden la suerte del mundo.

2. Los Sofismas de la Economía Neoliberal

En la historia de la filosofía, los sofistas eran reconocidos por utilizar un lenguaje técnico, elegante y aparentemente verdadero. Pero pronto se supo que tras la presentación retórica, muchas veces hábil para convencer a los auditorios, se encontraban graves distorsiones o transgresiones a la verdad. En otras palabras, para poder develar la verdad que hay tras los discursos, es menester primero detectar las distorsiones de los silogismos utilizados, pues ello es precisamente lo que significa un sofisma: la alteración premeditada de la verdad. En el devenir del pensamiento económico, especialmente desde el enseñoramiento del modelo neoliberal a partir de la caída del Muro de Berlín, los economistas autodenominados del "main stream" postmoderno han alterado con demasiada frecuencia los postulados de economía y, por consiguiente es preciso develarlos.

Lo que para los fundadores de la economía clásica de mercado eran argumentos sólidos, hoy han dejado de serlo. Alterados los supuestos originales, los sofismas proliferan como verdades inalterables. Buena parte de la responsabilidad les corresponde a los consultores que elaboraron el "Consenso" de Washington que sirvió de base para promover la economía neoliberal. El aclarar dónde y en qué consisten los sofismas es un primer paso para rescatar la verdad sobre el pensamiento clásico. El volver a las fuentes es un esfuerzo el colmo de enriquecedor, pues, no sólo que sirve para construir una mejor hermenéutica sino, sobre todo, para aprender la verdadera economía que, como veremos, sólo se la puede entender en una simbiosis con la filosofía moral, es decir, la ética.

En este trabajo no se pretende agotar todas las transgresiones existentes, sino solo aquellas que son relevantes para entender el problema. En tal

sentido, nos limitaremos a enunciar, o mejor denunciar, las más notables desde el punto de la teoría económica y desde la ética.

El Sofisma del Mercado Libre.

El argumento central de la teoría de Adam Smith consistía en que para lograr asignar los recursos más eficientemente que en cualquier otro sistema, se requería que existan un número ilimitado de compradores y vendedores; que la información esté perfectamente al alcance de todos; que no haya injerencia de ningún agente externo, ya sea público o privado; todo lo anterior, siempre y cuando el intercambio se realice entre productos homogéneos. Lamentablemente, hoy se ha demostrado que estas condiciones casi nunca se cumplen. Joan Robinson en el libro *La Competencia Imperfecta* demostró que las economías modernas tienden al monopolio y, en el mejor de los casos, a la competencia monopolística. Joseph Stiglitz demostró que la provisión de información era asimétrica; y John Nash estableció que la eficiencia no podía alcanzarse por medio de la simple competencia a menos que todos los participantes buscaran un objetivo común.

El Sofisma de la Soberanía del Consumidor.

Para que el juego de decisiones respecto a la asignación de recursos sea óptimo, es un requisito sine qua non que las personas tomen sus decisiones sin interferencia de ninguna naturaleza. Paradójicamente, en las economías modernas las técnicas de mercadeo se han convertido en un instrumento de dominio de las conciencias de los individuos. Es evidente que esta condición básica se ha transformado en la soberanía de los productores y no del consumidor, distorsionando todo el sistema de formación de los precios relativos.

El Sofisma de la Asignación Eficiente de los Recursos.

Si en el funcionamiento del mercado no existe plena libertad ex ante de los consumidores; si los productores alteran la homogeneidad de los bienes en su fabricación; si la información acude asimétricamente a los agentes económicos; si la atomización de los oferentes ha sido reemplazada por el monopolio y por la competencia monopolística; si, como se infiere del análisis realizado anteriormente, son constantes los vínculos e influencia de los empresarios con los

gobiernos en las decisiones micro y macroeconómicas esenciales, es más que evidente que el mercado no puede funcionar conforme a los fundamentos epistemológicos de la teoría del mercado libre y, por tanto, no puede asignar los recursos eficientemente.

El Sofisma de que la Competencia lleva al Progreso Humano.

Más allá de lo discutible que resulta el exaltar a la "competencia" como una actitud antropológica "natural" de los seres humanos en la economía, se ha comprobado hasta la saciedad que la competencia entre desiguales lleva a un mayor fortalecimiento de la dotación de recursos del más fuerte y, consiguientemente, a una mayor ineficiencia privada y social en la asignación de recursos. En tal situación, el supuesto fundamental de la economía de que la empresa competitiva asigna equitativamente los recursos entre los seres humanos que participan en el intercambio de bienes ha sido desvirtuado, pues, en la práctica, la evidencia empírica establece que la empresa con más posibilidades termina imponiéndose en el mercado hasta convertirse en monopolio, que es en lo que se ha convertido el mercado moderno: un mercado de libre monopolio en lugar de libre empresa competitiva. Mientras los clásicos de la economía consideraron que en el devenir del funcionamiento del mercado libre la empresa competitiva sería la que prevalecería, en la práctica la que termina prevaleciendo es el monopolio. Este último es la antítesis de la empresa competitiva sobre la que descansaba la epistemología económica y ética smithiana.

Dicho de otro modo, si, en la carrera de la competencia, el monopolista excluye a los demás, la sociedad como un todo ha escogido el peor de los mundos. Lo importante cuando se trata de juzgar acerca del cumplimiento de un objetivo humano es observar cuanto sirve a los objetivos de la "mayoría" de seres humanos. Desde esta perspectiva, la bondad de la competencia es, pues, un mito y, por tanto, no es apropiado afirmar que contribuye al progreso humano.

El Sofisma de que la Economía es una Ciencia Aética.

Transgrediendo el propósito de Adam Smith expresado en su *Teoría de los Sentimientos Morales* y en *la Riqueza de las Naciones* de que la economía es una disciplina construida sobre principios éticos, los grandes centros de enseñanza

de la economía de los países desarrollados, siguiendo la tradición neoclásica, la concibieron como una ciencia positiva en la que no cabían los juicios de valor y, por tanto, se la consideró una ciencia aética. Sólo recientemente, luego de constatar las graves quiebras morales y las injusticias producidas por la economía de mercado, algunos investigadores han recordado que en la propuesta de Smith predomina en toda su obra su propuesta axiológica a través del concepto de "simpatía" con que el asumía los agentes económicos debían proceder en sus actos mercantiles. Este concepto predominaba en la ciencia política y en la idiosincrasia de la Inglaterra de su tiempo y Smith lo recogió para proponer tanto a productores como a consumidores un comportamiento basado en la práctica de la virtud, es decir, en el respeto a los valores éticos. La enseñanza de una economía aética nada tiene que ver con el propósito del gran humanista escocés.

Tanto es así, que se puede determinar a cabalidad que la ética implícita en su teoría es la de una sociedad más justa, al plantear que, como fruto de la competencia en el mercado, al final los empresarios deberían disminuir sus ganancias y, por tanto, compartirlas entre todas las que acuden al mercado. Al final del proceso, el producto social se repartiría entre muchas empresas pequeñas y medianas, siendo estas las que consideraba deberían pasar a ser las prioritarias, pues serían las que mejor cumplan la función de atender las necesidades básicas de la población. Fue en los objetivos económicos de justicia y equidad donde Smith, en su libro *La Teoría de los Sentimientos Morales*, colocó su propuesta ética; de lo que se sigue que su obra sí era una propuesta científica con carácter ético.

Sea por las razones que fuesen, lo cierto es que el neoliberalismo y sus grandes propulsores empresariales del mundo financiero contemporáneo siempre interpretaron que la economía es una ciencia aética. Ahora bien, es evidente que la discrepancia existe y la confusión continúa porque el pensamiento de Smith fue concentrado como si este solo hubiese estado representado en el libro *La Riqueza de las Naciones*.

Pero, si se hubiese penetrado su pensamiento en el libro que él consideraba el más importante, *La Teoría de los Sentimientos Morales*, la interpretación interesada de los grandes financistas del mundo ya no habría sido la misma.

En ella clarísimamente ubica a la economía como parte de la filosofía moral.

III. Las Ciencias Afines Desmienten a la Economía Positiva

1. La Psicología Precisa las Motivaciones Humanas Relevantes

Luego de haberse utilizado por décadas como centrales las tesis de Freud para explicar la conducta individual en el acto económico, esto es, que las motivaciones humanas eran fundamentalmente sensoriales ("**satisfacción**" o "**frustración**"), en los últimos años, otros investigadores han realizado nuevos aportes para entenderlas más cabalmente. Maslow (1908-1970) identificó una jerarquía de necesidades que motiva la conducta humana, según la cual "solamente cuando las personas han satisfecho sus necesidades elementales luchan por llenar necesidades superiores, las que tienen que ver con la seguridad personal; la aceptación; la búsqueda del amor, estima y realización personales.

Una persona autoactualizada muestra altos niveles de autocontrol hasta alcanzar una variedad en la riqueza de reacciones emocionales, frecuencia en la experimentación de grandes emociones, identificación con otros seres humanos, estructura democrática de carácter, creatividad y sentido de los valores".

Desde este punto de vista, Maslow ofrece una explicación más profunda y exhaustiva que Freud: la motivación más elevada de la que es capaz la persona humana es dar rienda suelta a sus sentimientos, que resultan ser motivaciones mucho más completas y elevadas que las simples satisfacción o frustración, reacciones puramente sensitivas.

Goleman, por su parte, introduce el sugestivo y provocativo concepto de la inteligencia emocional, que es "un subconjunto de la inteligencia social que comprende la capacidad de controlar los sentimientos y emociones propios así como los de los demás, de discriminar entre ellos y utilizar esta información para guiar nuestro pensamiento y nuestras acciones".

Y MacClelland, propone a la "necesidad de logro" que las personas tienen en su acción cotidiana, como una motivación que para los individuos tiende a prevalecer por sobre otras de tipo cuantitativo, inclusive la de ganar dinero o

maximizar las ganancias. Para este pensador, la necesidad de reconocimiento en la sociedad, ante sus congéneres, es mucho más importante que cualquier meta cuantitativa que pueda alcanzar.

En todo caso, lo que es común para todos los psicólogos modernos es que las decisiones económicas de consumir y producir no pueden reducirse a la mera “satisfacción” individual sino que, los seres humanos, en tanto actúan ya no como individuos sino como personas, practican los actos económicos sólo como algo que es una mera parte de un conjunto de decisiones dentro de un proyecto de vida, que les permita realizarse plenamente como seres trascendentes. Lo económico es, por tanto, sólo un componente de un conjunto mayor de decisiones que les permite a las personas trascender –que es precisamente la característica de un proyecto de vida verdaderamente “humano”. En otras palabras, los psicólogos modernos definen al sentimiento como la motivación que da auténtica trascendencia al comportamiento de los seres humanos. Desde este punto de vista, la sensación, lo meramente sensorial, queda no solo subordinado al sentimiento sino que puede incluso ser suprimida como motivación secundaria. El sentimiento puede buscar el desprendimiento de las cosas y, por tanto, la misma sensación puede dejar de ser relevante.

2. La Biología Cuestiona la Prevalencia la Selección Natural en la Economía

La otra ciencia que influyó en el desarrollo de la economía fue la biología, especialmente desde la publicación de la teoría de “El Origen de las Especies” de Charles Darwin, en 1859, en la que este propusiera su interpretación de que los seres vivos han evolucionado “por selección natural” como consecuencia de “las variaciones en el medio ambiente” y dentro de un “entorno competitivo”. A partir de entonces, los partidarios de la empresa competitiva según la cual el empresario más fuerte debe prevalecer en el mercado, consideraron que los mismos principios que Darwin había confirmado en el comportamiento de los animales en períodos largos eran también aplicables al comportamiento de los seres humanos y, por tanto, este debía considerarse como su “comportamiento racional”. Además del torpe supuesto implícito de equiparar al hombre con el animal, al menos en lo que se refiere al comportamiento económico, dicha extrapolación resultaba ilegítima y forzosa puesto

que ni el mismo Darwin había admitido tal inferencia.

Los pseudo economistas partidarios de considerar a la codicia ilimitada como el eje del acto económico humano, desde Spencer hasta Von Hayek, pasando por la sociobiología norteamericana del darwinismo social propugnado por E.O. Wilson en el primer cuarto del siglo XX, no habían leído adecuadamente al científico británico.

En efecto, su posición acerca del ser humano la ofrece en otro de sus libros importantes explícitamente titulado como “El Origen del Hombre y la Selección Sexual”, publicado en 1871, también conocido como “El Origen del Hombre”. En ella, Darwin diferencia la situación en la esfera de la naturaleza, en la cual rige la ley de la selección natural, y el estado de una sociedad civilizada, de seres humanos, en cuyo interior se generan e institucionalizan conductas que se oponen al libre juego de dicha ley. Y aquí lo más importante: según Patrick Tort, destacado investigador del Instituto Charles Darwin Internacional, para el gran biólogo británico “el estado de civilización es el resultado complejo de un crecimiento de la racionalidad, de la influencia engrandecedora del sentimiento de <<simpatía>> y de la diferentes normas de altruismo [en el que] se asiste a una *inversión* cada vez más acentuada de las conductas individuales y sociales en relación a lo que sería la continuación pura y simple del funcionamiento selectivo anterior: en lugar de la eliminación de los menos aptos aparece, con la civilización, el deber de asistencia que pone en marcha en su lugar múltiples gestiones de ayuda y rehabilitación...”

Por la vía de los instintos sociales, la selección natural, sin <<salto>> ni ruptura, ha seleccionado así su contrario, esto es: un conjunto normado...de comportamientos sociales antieliminatorios –esto es, *antiselectivos* en el sentido que reviste el término *selección* en la teoría desarrollada en el Origen de las Especies-, así como, correlativamente, una *ética antieliminatoria* traducida en principios, en reglas de conducta y en leyes... La emergencia progresiva de la *moral* aparece, pues, como un fenómeno indisoluble de la evolución”. (Para leer a Darwin. Patrick Tort. Alianza Editorial). De lo cual se deduce que la posición intelectual de los libertarios de nuevo cuño, de los ultraliberales en la política, la economía y en la sociología, respecto al

racionalismo basado en la codicia, no es más que una gran superchería.

Ahora bien dentro del propio concepto de la teoría de la selección natural de las especies animales, no es de menor importancia la contribución de otro biólogo contemporáneo, Stephen Jay Gould, quien ha puesto en duda las bases mismas de las tesis darwinianas de la evolución en la naturaleza. En su libro póstumo *La Estructura de la Teoría de la Evolución*, sostiene que la clave de la evolución está en "los cambios que el genoma genera desde dentro" y, por tanto, resta importancia a la influencia que pueda tener el ambiente externo, el cual quedaría relegado a un papel secundario. De este modo, la propia hipótesis de la "selección natural" queda en entredicho.

Los efectos que estas nuevas posturas teóricas puedan tener dentro de la hermenéutica económica contemporánea seguramente serán importantes, puesto que ya no se podrá seguir justificando la existencia del monopolio y la competencia monopolística como una tendencia "natural" de la empresa competitiva. También dentro de las prácticas empresariales como en la mente del consumidor pueden producirse cambios de comportamiento endógeno que lleven al empresario y al consumidor a una postura diferente en el mercado, que no sea su mero afán de incrementar su riqueza y su afán de dominación sobre los demás.

3. La Filosofía Pondera la Lógica del Corazón

Luego de un enorme lapso de vigencia de escuelas filosóficas de los maestros de la existencia, de la materia y de la sospecha, ha recobrado actualidad el pensamiento de los filósofos del sentimiento. Al racionalismo cartesiano responde Pascal con un mensaje que enfatiza la lógica del corazón, sin por ello renunciar a la lógica de la razón. Este pensador universal sostiene en su filosofía que "el corazón tiene razones que la razón no comprende". Los libertarios de todo tiempo han encontrado en esta expresión una aparente contradicción: ¿cómo puede haber una lógica que emane del corazón cuando el logos es una propiedad exclusiva de la mente humana! Pero, para otros destacados pensadores como, por ejemplo, Juan José Tamayo, su postura no cae en el irracionalismo: "Esa puede ser la impresión primera... La fe, el corazón, el sentimiento, no desembocan en una actitud contraria a la razón; son una verdadera forma de saber y tienen su lógica. Lo que hace Pascal es llamar la atención

sobre los límites de la razón y del racionalismo y distanciarse tanto del escepticismo como del dogmatismo... El dogmatismo dice que es contrario a la razón humana".

Otros filósofos modernos también participan de esta postura. Para Miguel de Unamuno en su libro *El Sentimiento Trágico de la Vida*, "este hombre concreto, de carne y hueso, es el sujeto y el supremo objeto a la vez de toda filosofía. [Esta] responde a la necesidad de formarnos una concepción unitaria y total del mundo y de la vida, y como consecuencia de esa concepción, un sentimiento que engendre una actitud íntima y hasta una acción. Pero resulta que ese sentimiento, en vez de ser consecuencia de aquella concepción, es causa de ella. Nuestra filosofía, esto es, nuestro modo de comprender o de no comprender el mundo y la vida, brota de nuestro sentimiento respecto a la vida misma".

Unamuno va más allá aún: ... "El hombre, dicen, es un animal racional. No sé por qué no se haya dicho que es un animal afectivo o sentimental. Y acaso lo que de los demás animales le diferencia sea más el sentimiento que no la razón". Con seguridad, el gran filósofo español interpretó a cabalidad el sentir de su pueblo, uno de cuyos adagios ancestrales precisamente proclama que "el corazón tiene razones que la razón no comprende"

Rescatada por la psicología, la biología y la filosofía la prevalencia del sentimiento por sobre la sensación como eje conductual de las personas, se trata ahora de desvirtuar los límites del concepto positivista en las ciencias y, por tanto, en la economía.

Los filósofos más renombrados, de todas las vertientes, han criticado, por una parte, el absolutismo de las ciencias positivas, y, por otra, el absolutismo de sostener que la economía es parte de las ciencias positivas. Según el mismo Tamayo en su libro *Para Comprender la Crisis de Dios Hoy*, para Nietzsche, la democracia moderna y el socialismo son formas decadentes. Las instituciones liberales causan gravísimos perjuicios a la libertad. El liberalismo no significa otra cosa que "animalización gregaria".

Y, según el mismo Tamayo, uno de los más severos golpes asestados contra el neopositivismo lógico viene de Karl Popper, en su libro *La Lógica de la Investigación Científica*, un egregio defensor de la sociedad abierta, quien cuestiona de raíz el principio de verificación y aduce que "los

positivistas, en sus ansias de aniquilar la metafísica, aniquilan junto con ella la ciencia natural. Pues tampoco las leyes científicas pueden reducirse lógicamente a enunciados elementales de experiencia, como reclama el neopositivismo". Y ante la urgencia que tiene la sociedad moderna de dar sentido a la historia humana, Popper no duda en afirmar: "Según mi opinión, tiene sentido el hecho de que introduzcamos algo en la historia, a saber: nuestras ideas morales". (Sociedad Abierta, universo abierto, Karl Popper)

J.Gevaert en el libro *El Problema del Hombre, Introducción a la Antropología Filosófica*, sostiene que "el rasgo más criticable de los **materialismos** actuales es su pretensión de científicidad. Por un lado, rechazan como incompatible con las ciencias la interpretación espiritualista (en cualquier sentido); por otro, se afirma que el materialismo se ve sostenido y demostrado por las ciencias. No se trata de negar que las ciencias puedan decir algo sobre todas las manifestaciones del hombre. En efecto, el hombre expresa y realiza toda la riqueza de su ser en el mundo material, y como tal lo hace también accesible a consideraciones e investigaciones de orden científico. El problema decisivo es más bien el hecho de que a priori y dogmáticamente se toma un aspecto (verdadero y real) como si fuera el todo".

Para este autor, "todo esto es de derecho de las ciencias, con tal que no se transforme un principio metodológico en una tesis metafísica que niega absolutamente lo que no cae bajo la captación de las ciencias empíricas. Semejante negación no puede pretender nunca un carácter científico. Las ciencias no pueden pretender formular juicios metafísicos sobre la subjetividad espiritual del hombre.

Gevaert va aún más allá: "El materialismo de cualquier especie lleva dentro de sí el principio del totalitarismo.... cualquiera que se sienta como expresión objetiva y real de la totalidad, tendrá derecho a "usar" de los individuos en función de la totalidad, ya que en último análisis los individuos son para la totalidad. De esta visión del hombre a la afirmación concreta de un totalitarismo ideológico, político o militar la distancia es muy pequeña".

Por otro lado, sostiene que "la consideración del misterio del espíritu supera tanto a la antítesis con la materia (inmaterial) como a la afinidad con la materia (espíritu objetivo y racional), concediendo decididamente la primacía al encuentro

interpersonal. La idea de espíritu en este contexto no indica ya en primer lugar cualidades o propiedades diversas de las materiales, sino la alteridad de los sujetos o de las personas, que cada uno existe como sujeto, como persona, como "alguien", como un Yo frente a un Tu... hay que tener presente que el pensamiento, la voluntad, la libertad, etc., no existen por cuenta propia. Son abstracciones. Lo que existe es una persona concreta e inconfundible que piensa, quiere, ama, etc. Por eso mismo, el problema del espíritu no se refiere en primer lugar a la inmaterialidad de las facultades intelectivas o volitivas, sino a la alteridad o unicidad de las personas".

"Las antropologías modernas comparten todas ellas la convicción de que el hombre no ha llegado aún a ser completo. A nivel personal e histórico todavía está por realizar en un sentido muy amplio. Todo ser humano tiene que llegar a ser hombre, ir creciendo luego en humanidad y acercarse cada vez más a las posibilidades prefiguradas en cierto modo en el mismo hombre".

"En las filosofías humanistas, todavía ampliamente difundidas, este mismo tema surge bajo el título de libertad. La característica fundamental y la meta principal de la existencia es la liberación del hombre de toda forma de esclavitud, con vistas a una existencia vivida enteramente bajo el signo de la libertad de pensamiento y de valores. La tarea suprema del hombre es la búsqueda y la realización de una perfecta libertad para todos los hombres".

"Por consiguiente, el hombre se revela como un ser que está fundamentalmente orientado hacia el futuro, que se mueve bajo una llamada; es un ser de esperanza, incluso en donde los razonamientos (falaces) enseñan que la esperanza es imposible e ilusoria. El hombre está por hacer. Todo ser humano está en cambio: homo viator"

Es la propia motivación racional la que se cuestiona. ¿Qué es y hasta donde alcanza el concepto de racionalidad económica? Por una parte, se cuestiona el propio concepto psicológico: ¿es la mera "sensación" experimental suficiente como expresión antropológica "racional" para ubicarla como el fundamento de los actos económicos del ser humano? Si en un momento dado, este decide expresarse en el mercado de una manera diferente, dando paso, por ejemplo, a alguna de las categorías psicológicas más nobles, como las que establecen Maslow, Goleman o

Maclelland, ¿se habría mermado en algo su racionalidad? ¿O, más bien, no se habría refinado? En otras palabras, todas aquellas expresiones que derivan del sentimiento - que es, por supuesto, una categoría humana superior a la mera sensación -, como forma de actitud humana en sus relaciones económicas ¿podrían ser concebidas como una forma superior de racionalidad? ¿Existen, pues, razones del corazón? ¿Son los sentimientos morales, por ejemplo, parte de una racionalidad humana más elevada?

A nuestro entender, todas estas inquietudes son válidas al momento de analizar el alcance de los actos económicos. Pero, mientras tanto, baste decir que, independientemente de cómo los científicos ubiquen a los sentimientos como parte de tal racionalidad, lo cierto es que tal expresión del alma, los sentimientos son parte cotidiana de la actitud de las personas. Es más, la historia ubica a quien los practica como una persona que se humaniza, es decir, que se reduzca sólo en la búsqueda de un verdadero humanismo; el sentimiento es una forma de expresión mejor y más representativa que las meras sensaciones. Para llegar a humanizar las sociedades modernas es menester impulsar la práctica de los sentimientos morales. Para superar las prácticas agonales que llevan a la codicia, nada mejor que promocionar los sentimientos morales.

En el devenir de la historia –al menos desde los tiempos de Adam Smith hasta la actualidad- el ser humano ha tergiversado y desnaturalizado sus propias motivaciones al momento de relacionarse con sus semejantes en el mercado. Al convertir a este en el lugar en donde da rienda suelta a la competencia con los demás, bien como oferente de bienes que aspira a ganar una proporción creciente del mercado, o bien como consumidor que anhela acumular “bienes” por encima de lo que necesita para subsistir, su actuación cotidiana se ha convertido en agonal. Es el agón lo que determina sus decisiones psicológicas al momento de presentarse en el mercado: como oferente ya no aspira fundamentalmente a solucionar problemas de abastecimiento; lo que busca es aumentar el poder de mercado acumulando riqueza material en forma desmedida, convirtiéndose, pues, en monopolista. Y como demandante, su pretensión moderna es la de demostrar su “valía” en tanto en cuanto puede acceder ilimitadamente a los “bienes” existentes en el mercado. En su afán agonal, el consumo ha perdido su relación intrínseca con las necesidades básicas: es la excentricidad en el consumismo lo que ahora

predomina. He aquí interpretado en forma más precisa el concepto de animal gregario de Juan José Tamayo.

Y, siguiendo a K. Popper, la economía como ciencia no puede “reducirse” a enunciados “elementales” de “experiencia”, como el creer que es la mera “sensación” la que guía la conducta económica de los individuos tanto como productores o como consumidores. Para humanizar la historia es menester anteponer los sentimientos morales en la conducta del hombre viviendo en sociedad.

IV. En Búsqueda del Humanismo Perdido

1. La Ética o el Hábitat Natural de la Economía

Gracias al “marketing”, las sociedades modernas identifican a la economía con el mercado. Pero no siempre fue así. En el origen, existe evidencia de que una vez que el homo sapiens superó la fase nómada, se agrupó en comunidades sedentarias, a partir de las cuales empezó su desarrollo ya no en forma individual sino en forma precisamente comunitaria, en familia. Dentro de todo el período de millones de años desde que el homínido “sabe” (sapiens), es decir, tiene “conciencia” y “piensa”, en los últimos cinco mil años desarrolló sus auténticas facultades humanas: la protección “amorosa” de los padres a sus críos; la fidelidad de los cónyuges para “mantener” la familia; la relación armoniosa entre sus miembros; el desarrollo del diálogo como medio de resolver problemas y disputas; el programar y repartir el trabajo “emprendido comunitariamente”; el “compartir” equitativamente el fruto del trabajo social; el aceptar la autoridad paterna y la sujeción de los vástagos a dicha autoridad. En suma, fue dentro de la familia donde los primeros homínidos superiores empezaron a “entender” y a “sentir” que podían “trascender”. La trascendencia implicaba el “entendimiento” (o la conciencia) de que podían “ser más personas” cuando actuaban juntos que cuando luchaban separados; pero sobre todo –y aquí lo más relevante -, el “sentir” que las cargas y dificultades del grupo eran más llevaderas actuando solidariamente que cuando lo hacían separadamente. Simbólicamente, era alrededor del “hogar”, alrededor del fuego que encendían en la noche para protegerse del frío, cuando los miembros de la familia sentían que el trabajo con una finalidad común les traía más “felicidad” a “todos”. Era, pues, posible, trabajar, producir, consumir y distribuir comunitariamente

de una forma armónica para alcanzar la felicidad en mancomún. Se respetaba las reglas establecidas dentro del hogar o la “morada” común, y, de ese modo, dentro de tal hábitat se “habituaron” a ese respeto común. Lo convirtieron en el verdadero “ethos” de su comunidad. Hicieron, pues, de esas normas, su auténtico “hábitat”, su verdadera “morada”. De dichas prácticas se puede perfectamente decir que las primeras familias se regían por normas de conducta “éticas” y “morales” que les traían felicidad.

Cuando se analiza la etimología de estos conceptos se encuentran aspectos no solo interesantes sino reveladores del proceso de evolución humano. La palabra ética proviene del griego “ethos” que significa hábito, costumbres, carácter. Y la palabra moral proviene de la expresión latina “mos moris” que significa morada. De lo cual se puede inferir que la “ética” no es otra cosa que la práctica de los buenos hábitos gestados en la vida social; y a su vez, que la “moral” no es sino el conjunto de todos aquellos buenos hábitos o costumbres adquiridos en la morada, en el hogar”. Ahora bien, si todo lo que se aprende y practica dentro de la morada se convierte en hábito, en costumbre y estas pasan a ser observadas por todos los miembros de la pequeña sociedad familiar y al final son aceptadas por todas las familias que componen la tribu, se puede hablar de una ética o moral comunitaria, y de seres que “trascienden” su individualismo hasta convertir sus actos en un comportamiento ético o moral comunitarios.

Y, ¿de dónde deriva el concepto de economía? Pues del latín “oconomía” que a su vez procede del griego oconomía, que se compone de “oikos”, casa y “nemo”, administrar; y, por tanto, significa administración de la “casa”, o de la “morada”. La relación entre la formación del los “mejores hábitos en la morada” –propio de la ética— y la forma más adecuada de “administrar y conducirse dentro de la morada” –propios de la ética y la economía, nos hacen ver la íntima relación entre los conceptos de ética, moral y economía. Los tres proceden de las mismas fuentes, son inseparables. La economía, la ética y la moral son y forman parte del mismo hábitat natural.

Aún más – quizás lo más importante -: los primeros humanos descubrieron que todos esos hábitos que se practicaron en la morada les produjo “felicidad”, es decir un estado de ánimo especial sustentado en la paz y el bienestar

comunitarios. Y, por tanto, dedujeron que fue la práctica de esos “buenos” hábitos, lo que les permitió ser mejores en forma individual y colectiva. Y entonces crearon sus propias normas para invitar a la práctica mancomunada de los buenos hábitos, y sancionar a quienes se saliesen eventualmente de aquello que mayoritariamente se consideraba deseable.

La práctica de dichos “valores” pasaron a conformar las normas mínimas de convivencia pacífica y feliz. Consecuentemente, la práctica de los “antivalores”, como los de la “codicia”, fueron condenados. Se había llegado a una etapa en que estaba claro lo que llevaba y convertía a los individuos en mejores seres humanos: se había descubierto el camino del humanismo. Más tarde los humanistas del renacimiento proclamarían formalmente que sólo la práctica de la virtud eleva el humanismo.

El propio concepto de “bien” trascendió, pues, a todas las categorías de la conducta humana. Desde el punto de vista de la economía, ello no significó otra cosa que el reconocimiento de que la comunidad debía promover todo aquello que cause bienestar espiritual tanto al productor como al consumidor. No podía pensarse en un bien que no traiga felicidad al ser humano. Porque si esta no se la sintiera estaríamos hablando de un “dis-bien”. Pero el homo sapiens sí “sabía” que su estado de civilización le había traído consigo felicidad en un estadio superior al de sus predecesores. Sabía que se encontraba en una etapa superior de evolución. Es la conducta ética cultivada y practicada en comunidad la que le lleva a convertir al homo sapiens en un “homo transcendentalis”.

Para la humanidad, el problema es de fondo. El filósofo jesuita J. Gevaert resume el dilema con exactitud: “Los problemas antropológicos se imponen por sí mismos, irrumpen en la existencia y se plantean por su propio peso. No es en primer lugar el hombre el que suscita problemas; es el propio hombre el que se hace problemático debido a la vida y a la condición en que vive. La existencia, al hacerse problemática, requiere una respuesta y obliga a tomar posiciones”. La respuesta, pues, corresponde a todos los pueblos del mundo, a quienes toca la hora de recuperar el control de su propio destino.

He aquí la clave para resolver el dilema del hombre: simplemente comprender qué es lo que le hace verdaderamente trascendente, es decir,

verdaderamente ser humano. Porque el hombre solo es tal y se diferencia de los demás homínidos en cuanto "siente" y supera, por tanto, su mera conciencia. El ser humano solo es tal cuando alcanza a complementar el "logos" con el "pathos", el "eros y el ágape".

Si de verdad existen auténticos deseos de cambio en la humanidad, esta debe fortalecer sus mejores valores para nutrirse de la auténtica savia que permita al ser humano ser realmente tal. Y para serlo algunos todavía deben superar la etapa evolutiva que todavía les mantiene simplemente como homínidos superiores. En otras palabras, para el cambio, ni siquiera es necesario inventar una nueva teoría social, política o económica – como la que muchos andan buscando desesperadamente –, sino, simplemente, que el ser humano se de cuenta de que tiene, ahora, esas capacidades para convertirse en un auténtico ser humano. Para ello, "debe darse cuenta" de que debe superar la etapa del "homo sapiens" y consolidar la etapa del "homo transcendentalis".

2. El Retorno del Jedi: La Vuelta de los Humanismos Clásico y Cristiano

En la Grecia antigua se configuró lo que hoy se conoce como Humanismo Clásico. En una época de expansión en la era de Pericles, y en una sociedad que se guiaba por dioses prefabricados según las pretensiones de la aristocracia ateniense que luego los elevaba a los altares gracias a las habilidades literarias de Homero, el humanismo fue el triunfo de los filósofos que anhelaban encontrar verdades universales, como Sócrates, Platón y Aristóteles, sobre los sofistas que adaptaban la verdad a las veleidades individuales, como Gorgias y Protágoras. Se produjo por primera vez un pensamiento humanista que llegaría a trascender el comportamiento universal para siempre.

Los filósofos clásicos elaboraron un conjunto de principios que fundamentalmente **exaltaban la virtud como el centro de una ley moral** que habría de servir para guiar la conducta de las personas. Según ellos, solamente cuando es posible hacer coincidir el conocimiento con la conducta es posible encontrar una norma permanente de conducta. El concepto de Bien es lo que determina la ley moral fundamental. Fue precisamente Sócrates el que legó a la humanidad el concepto y la forma cómo debía ser respetada la ley moral cuando esta es acogida por la sociedad como un todo. Sostuvo la tesis de que "era preferible sufrir una injusticia que cometerla" y

que, en todo caso, siempre se debía procurar, no solo parecer gente de bien, sino, sobre todo, serlo en realidad, tanto en público como en privado. Su filosofía moral, pues, sólo se realizaba a plenitud cuando se la practicaba en comunidad. Y, en la práctica, ofendió su vida defendiendo sus principios. Y mirando sus ojos hacia la posteridad, hacia la historia, se preguntó: "Bien, entonces ¿qué es lo que merezco recibir o pagar porque escogí no permanecer tranquilo toda mi vida y por no haberme cuidado de lo que la mayoría de los hombres ansían –hacer dinero, asuntos personales, ser caudillo en la guerra, ser orador y todas las magistraturas y asociaciones y facciones del Estado- considerándome demasiado honesto para medrar por medios indignos?"

La muerte de Sócrates ha servido a través de los siglos de ejemplo y prueba de unidad del pensamiento filosófico y la acción.

Y en la Roma antigua fue Cicerón el que recuperó la tradición del pensamiento griego. Y con los Estoicos la idea estoica de la igualdad esencial de todos los hombres elevó el humanismo a cotas muy elevadas. Propusieron el concepto de que la justicia no era un asunto de la subjetividad humana sino que se sustentaba en la propia naturaleza humana y, por tanto, de allí nacía el derecho universal. Mas tarde, fueron San Agustín y Tomás de Aquino los que introdujeron este pensamiento en el pensamiento de la Escolástica que habría de influir tan significativamente durante toda la Edad Media.

Los esbozos de un renacimiento temprano se produjeron ya hacia el fin del primer milenio y primeros siglos del segundo. Hacia el siglo XIII, ya Francisco de Asís y Joaquín de Fiore, en Italia, empezaron a hablar de Renovación, Nueva vida, Renacimiento y Regeneración. La prédica del rescate de la virtud como eje del comportamiento social tuvo gran repercusión en toda Europa. El escritor inglés Chesterton sostiene que el humanismo franciscano dirigido a dar atención preferente a los pobres y a practicar el desprendimiento como algo habitual fueron las normas que guiaron toda la legislación europea hasta mediados del segundo milenio.

La fuerte conducción de la iglesia católica sobre el mundo occidental, en tanto heredera del humanismo clásico, significó la aceptación general en la población de una moral promovida fundamentalmente por la religión cristiana. Durante este período se pudo hablar pues del

predominio de una moral universal. No fue sino hasta el siglo XIV, bajo el aporte de los humanistas del quattrocento y, más precisamente hasta el advenimiento del siglo XVI, que habría de romperse la férrea unidad de la iglesia y, por tanto de las normas morales de convivencia prevalecientes. En el movimiento que se conoció como Renacimiento, un nuevo espíritu renovador en todos los órdenes acabó por destronar las ideas predominantes en el mundo medieval. En esta época nacieron tanto el Humanismo como la Reforma y la Contrarreforma. Empezó a cobrar fuerza la individualidad del hombre, pero no como ser aislado sino como persona humana.

El hombre pasó a tener conciencia como persona autónoma, libre de ataduras, capaz de autodeterminarse sin la protección monopólica de la iglesia.

Se da, pues, un nuevo impulso a la creación artística y al desarrollo de las ciencias, las cuales ya no debían comprenderse a través del aparato de las categorías aristotélicas sino de acuerdo con sus propios principios. La filosofía moral de Petrarca, Erasmo de Róterdam y, más tarde, Tomás Moro, no obstante, siguió totalmente fiel a los postulados del evangelio cristiano. Su propósito central fue, más bien, el de desmontar todo lo que de artificial tenía la práctica religiosa y moral, y depurar, en todo lo posible, la esencia del mensaje del evangelio.

La invención de la imprenta contribuyó en forma preponderante a la difusión universal de los nuevos conocimientos y los nuevos enfoques. La iglesia perdió el control de la educación y se dio paso por primera vez a la propagación del conocimiento laico. La obra de Erasmo fue entonces reconocida en todas las latitudes. Tanto en Alemania, Italia, Holanda, Francia, Suiza e Inglaterra se disputaron el honor de ofrecer al gran humanista un sitio donde explicar su nueva doctrina. El mundo occidental se volvió más tolerante y abierto a las nuevas ideas.

Desde el punto de vista de la economía, es necesario recordar que, antes del irrupción de las ideas renacentistas prevalecía el concepto capitalista de la república-ciudad florentina. Cuanto más rica se hacía la clase mercantil, mayor era el predominio de los gobiernos plutocráticos. Con Tomás Moro, la propuesta es elevar a rangos de gobierno a las personas virtuosas que se dediquen por entero a sacar al pueblo de su postración. Se retoma pues la idea de los

humanistas griegos de que la política de una nación sólo debía estar en manos de los filósofos, es decir, de las personas virtuosas.

3. La Filosofía Humanista de Adam Smith

En el siglo XVII, luego de un largo proceso de conquistas territoriales, especialmente desde Inglaterra, Holanda, España y Portugal, se vuelve a perder los puntos de referencia éticos para dar paso a las tesis utilitaristas de las empresas colonialistas. La importancia de los excentos comerciales provenientes de ultramar genera una clase social de nuevos ricos, capitalistas aventureros que modifican las ideas prevalecientes en la Europa cristiana.

Con el advenimiento de la revolución industrial se fortalecen los conceptos mercantiles en la práctica política y en la conducción de los estados. Los mercaderes pasan a gozar de una influencia inusitada, la que, obviamente, repercute en la gestación de leyes e instituciones. Pierden preeminencia los gobiernos absolutistas y se difunden las ideas libertarias provenientes de Francia. Así, el hombre renacentista del siglo XVI que sustentaba su pensamiento y su acción comunitaria en los principios de la virtud y el desprendimiento, se transforma en los siglos XVII y XVIII en el empresario que busca la eficacia individual por sobre el bienestar de la nación.

En estas condiciones históricas escribe su teoría económica el gran escritor escocés Adam Smith. Siendo un seguidor de los humanistas cristianos europeos, pensamiento al cual accedió mientras realizaba sus estudios de filosofía moral, constata simultáneamente la introducción de las nuevas prácticas mercantiles en todas las instancias institucionales de la sociedad inglesa. En su propuesta, pues, procura amalgamar tales prácticas dentro de una conducta moral universal. Sus libros son precisamente eso: una simbiosis entre las teorías de convivencia de los sentimientos morales con el pragmatismo eficientista de los empresarios. Su obra es un tratado integral que conjuga los principios de una ética empresarial enmarcada dentro de los principios que, a su vez, deben guiar el proceso de desarrollo económico de las naciones. Su objetivo es la justicia y la equidad en un marco institucional de libertad individual en donde no exista predominio ni del Estado ni de los monopolios. Su interpretación debe, pues, ser holística, tal cual el lo quiso y se propuso.

Smith, fue, pues, tenazmente opuesto a todo tipo de práctica abusiva por parte de los poderosos de cualquier clase, pues, ante todo, era un humanista: tenía en mente redimir y liberar a los pueblos desde la práctica de la economía y la política. Bajo esta óptica se resaltan a continuación algunas de sus mejores reflexiones.

El capítulo 3 de la sección III, de la parte I: De la Corrección de la Conducta, de la Teoría de los Sentimientos Morales de Adam Smith (originalmente publicada en Londres y Edimburgo en 1759), se titula: De la Corrupción de Nuestros Sentimientos Morales, que es ocasionada por la disposición a admirar a los ricos y a los grandes, y a despreciar o ignorar a los pobres y de baja condición. El centro de su pensamiento se recoge en los párrafos siguientes:

“Esta disposición a admirar y casi idolatrar los ricos y poderosos, y a despreciar o como mínimo ignorar a las personas pobres y de modesta condición, aunque necesaria para establecer y mantener la distinción de rasgos y el orden social, es al mismo tiempo la mayor y más extendida causa de corrupción de nuestros sentimientos morales. Que la riqueza y la grandeza suelen ser contempladas con el respeto y la admiración que sólo se deben a la sabiduría y la virtud; y que el menosprecio, que con propiedad debe dirigirse al vicio y la estupidez, es a menudo muy injustamente vertido sobre la pobreza y la flaqueza, ha sido la queja de los moralistas de todos los tiempos”.

“Deseamos ser respetables y respetados. Tememos ser despreciables y despreciados. Pero una vez en el mundo pronto nos percatamos de que la sabiduría y la virtud no son en absoluto los únicos objetivos del respeto, como el vicio y la estupidez tampoco lo son del menosprecio. Con frecuencia vemos cómo las atenciones más respetuosas se orientan hacia los ricos y los grandes más intensamente que hacia los sabios y virtuosos. A menudo observamos que los vicios y tonterías de los poderosos son mucho menos despreciados que la pobreza y fragilidad de los inocentes. Los principales objetivos de la ambición y la emulación son merecer, conseguir y disfrutar el respeto y la admiración de los demás. Se abren ante nosotros dos caminos, ambos conducentes al mismo anhelado objetivo: uno de ellos, mediante el estudio del saber y la práctica de la virtud; el otro mediante la adquisición de riquezas y grandezas. Se nos presentan dos personalidades desiguales para nuestra emulación; una con

orgullosa ambición y ostensible codicia, la otra con humilde modestia y equitativa justicia. Dos modelos distintos, dos retratos diferentes se alzan ante nosotros para que diseñemos nuestro carácter y nuestro proceder... Fundamentalmente son los sabios y los virtuosos el grupo selecto y temo que reducido de auténticos y firmes admiradores del saber y la virtud. La amplia masa de la humanidad está formada por admiradores y adoradores y, lo que parece más extraordinario, muy frecuentemente por admiradores y adoradores desinteresados de la riqueza y la grandeza” (Teoría de los Sentimientos Morales)

“A igualdad de méritos, casi no hay persona que no respete más al rico y poderoso que al pobre y humilde. Para la mayoría de los hombres la presunción y vanidad de los primeros son mucho más admiradas que el mérito real y sólido de los segundos” (Teoría de los Sentimientos Morales)

“Asimismo, las personas de condición media o baja jamás serán tan eminentes como para situarse por encima de la ley, lo que necesariamente las intimidará, llevándolas hacia algún tipo de respeto al menos hacia las reglas más relevantes de la justicia. El éxito de tales personas, además, casi siempre depende del favor y la buena opinión de sus vecinos y sus pares, algo que rara vez se consigue sin una conducta tolerablemente ordenada. Por tanto, el viejo proverbio según el cual la honradez es la mejor política resulta en tales situaciones casi siempre absolutamente cierto. En esas circunstancias, por tanto, podemos generalmente esperar un grado considerable de virtud; y, por suerte para las buenas costumbres de la sociedad, tales son las situaciones de la aplastante mayoría de la raza humana...En los niveles más altos la realidad no es siempre la misma, por desgracia.” (Teoría de los Sentimientos Morales)

“El gobierno civil, en tanto en cuanto ha sido instituido para asegurar la propiedad, en realidad se ha constituido para la defensa de los ricos contra los pobres. O de la de aquellos que tienen alguna propiedad contra aquellos que no tienen absolutamente ninguna” (Citado por David C. Corten, Cuando las Corporaciones Gobiernan el Mundo)

“Todo para mi y nada para los demás; tal parece haber sido, en todas las edades, la máxima vil del poderoso” (Riqueza de las Naciones)

“Una de las revoluciones más importantes hacia la prosperidad económica de los pueblos se llevó a

cabo por dos clases de gentes, a quienes jamás se les ocurrió la idea ni el meditado fin de prestar semejante servicio a sus coterráneos. La satisfacción de la vanidad más pueril fue el único motivo que guió la conducta de los grandes propietarios, en tanto que los mercaderes y artistas obraron con miras a su propio interés, consecuencia de aquella máxima y de aquel mezquino principio de sacar un penique de donde se puede. Ninguno de ello fue capaz de prever ni pudo imaginar la gran revolución que fueron obrando insensiblemente la estulticia de los unos y la laboriosidad de los otros. (Riqueza de las Naciones)

“Todo el capital que una nación adquiere por el comercio y las manufacturas es de una posición precaria e incierta, mientras no quede una porción del mismo vinculada en el cultivo y en las mejoras de las tierras. Se dice vulgarmente de un comerciante, y con visos de verdad, que no es necesariamente ciudadano de un país determinado. Por su profesión, le es casi indiferente cualquier lugar de residencia, y basta un leve disgusto para que traslade su capital de un país a otro, y con él toda la industria que dependía de sus inversiones. Su capital no puede decirse con propiedad que pertenezca a un país más que a otro, hasta que se haya derramado por la superficie del país, arraigando en edificios o en mejoras de carácter permanente. (Riqueza de las Naciones)

“La Economía Política...se propone dos objetos distintos: el primero, suministrar al pueblo un abundante ingreso o subsistencia, o, hablando con más propiedad, habilitar a sus individuos y ponerles en condiciones de lograr por sí mismos ambas cosas; el segundo, proveer al Estado o República de rentas suficientes para los servicios públicos. Procura realizar, pues, ambos fines, o sea enriquecer al soberano y al pueblo. (Riqueza de las Naciones)

“Entre los tártaros, al igual que en otras naciones de pastores, como ignorantes que son del uso del dinero, el ganado era el instrumento común de su comercio y la medida de valor. La riqueza, según ellos, consistía en ganado, del mismo modo que, para los españoles, consiste en oro y en plata. Pero, de ambas nociones, quizás la de los tártaros estuviese más próxima a la verdad.” (Riqueza de las Naciones)

“Los comerciantes conocen perfectamente de qué manera el comercio les enriquece, pues, ese es su oficio, pero no forma parte de su profesión saber

en qué forma enriquece a la nación. Jamás fue objeto de su consideración semejante propósito, y no lo tuvieron presente sino cuando sus propios intereses les hacían recurrir a la nación, para proponer alguna reforma a las normas reguladoras del comercio exterior” (Riqueza de las Naciones)

“En las colonias que se establecen en países distantes, no sólo se pretende gozar de beneficios particulares, sino generalmente de un monopolio absoluto para los efectos y comerciantes de la metrópoli” (Riqueza de las Naciones)

“Hasta qué punto y en qué condiciones es lícito restablecer la libertad de importación de algunas mercancías, después de haberse introducido su introducción por algún tiempo, plantea un caso discutible cuando ciertas manufacturas particulares han tomado tal incremento (como consecuencia de las prohibiciones y derechos establecidos sobre los géneros extranjeros que podían competir con ellas) que el número de obreros ocupados en esas fábricas asciende a una cifra muy importante. La razón exige que entonces la libertad de comercio sea gradualmente restablecida, pero con mucha reserva y circunspección. Si se suprimieran de golpe impuestos y prohibiciones, podría ocurrir que invadiesen el mercado tal cantidad de géneros extranjeros de aquella especie, más baratos que los nacionales, que muchos miles de gentes se vieran a la vez privadas de sus ganancias y de su modo de subsistir. El desorden que este evento podría ocasionar es, sin duda alguna, muy considerable...” (Riqueza de las Naciones)

“Las sinuosas artes de los comerciantes mezquinos se convierten, así, en verdaderas máximas políticas para el gobierno de un gran pueblo, porque únicamente ellos adoptan la norma de conducta de dar trabajo, con preferencia, a sus propios clientes. El gran comerciante compra los géneros donde los encuentra mejores y más baratos, sin atender a intereses mezquinos de esa naturaleza”. (Riqueza de las Naciones)

“El comercio que debe ser, tanto entre las naciones como entre los particulares, un vínculo de amistad y de camaradería, se ha convertido en la fuente más abundante de animosidad y de discordia. La caprichosa ambición de algunos príncipes y ministros no ha sido tan fatal para la paz de Europa, en el siglo presente y en el anterior, como el impertinente celo de comerciantes y manufactureros. La violencia y la injusticia de los gobernantes de la humanidad es

un mal muy antiguo, y tememos que, dada la naturaleza de los negocios humanos, no se pueda encontrar remedio alguno a ese mal. Pero la rapacidad baja y el espíritu de monopolio que prevalece entre comerciantes y manufactureros (que por otra parte no están llamados a ser los directores de la humanidad, ni tiene por qué serlo), aunque no puedan probablemente corregirse, sí puede evitarse que perturben la tranquilidad de otras personas... Sus intereses, considerados desde este punto de vista, son contrarios a los de la inmensa masa del pueblo" (Riqueza de las Naciones)

Al revisar algunos de los pensamientos de la doctrina económico-política de Adam Smith, no se puede uno dejar de sorprenderse al constatar la profundidad del compromiso ético del economista y moralista británico con lo que debe ser una conducta ideal del ser humano como persona económica, en tanto productor o consumidor. Cuán alejada está su propuesta con la que los libertarios de toda esta época han pretendido hacer creer a las generaciones humanas de los tres últimos siglos.

V. Una Propuesta Neo-Humanista: de la Economía de las Sensaciones a la Economía de los Sentimientos

La afirmación de los filósofos libertarios y la de los economistas neoliberales según la cual sus postulados se originan en las tesis de Adam Smith, con los años, será recogida como una de las más grandes supercherías en la historia del pensamiento universal. Su propuesta, la de Smith, lejos de ser una teoría materialista guiada por la maximización del placer individual, como mera sensación, --que es la que está detrás del pensamiento libertario-- es una teoría filosófica guiada por el sentimiento en su máxima dimensión: en la moral, en comunidad de humanos, en tanto personas.

En las siguientes líneas se explica un tanto más el alcance de esta visión de la filosofía política y económica basada en la moral, que la humanidad debe redescubrir urgentemente si de verdad aspira a que el proyecto humano sea uno de felicidad integral, que abarque a todas las sociedades del mundo

Como se dijo, al navegar por la etimología de la palabra economía encontramos que esta proviene de las raíces griegas "oikos" y "nomo", que significan la forma de organizar la casa. Se trata

pues de resolver los problemas que existen en la casa, en la morada, en el hogar, en la sociedad. ¿Por quién? Por los miembros de la familia, a través de la utilización de los mejores medios de que se disponga: programando adecuadamente "el trabajo de todos"; distribuyendo equitativamente el fruto del trabajo común; aceptando las reglas de justicia emanadas de la autoridad paterna, de por sí competente y compasiva; resolviendo las disputas por medio del diálogo que garantice el derecho de todos por igual. Acercándose, pues, al concepto de democracia practicada en familia, tal como la entendieron los griegos.

Lo expuesto explica la aseveración de que no fue el mercado el lugar primigenio donde los primeros humanos organizados resolvieron sus problemas económicos. Todo el sistema organizativo de las primeras comunidades nació en la familia y su necesidad de resolver los problemas del entorno y con sus semejantes en forma comunitaria. Fue la práctica de los valores lo que dio pleno sentido y cohesión a sus miembros. La economía nació bajo el mismo techo que la ética. Adam Smith conocía perfectamente que una organización adecuada de la casa no podía estar alejada de la ética. Sabía de todas las apetencias que tratarían de desorganizar el sistema económico y por eso consideró que la economía debía ser tratada como una ciencia axiológica, como economía política.

Dentro de este contexto, vale la pena recalcar nuevamente, pues resultan proféticas las expresiones del propio Adam Smith en el libro *La Riqueza de las Naciones*, el llamado Padre de la economía de mercado, cuando en su libro "la Riqueza de las Naciones" aseveró que: "La caprichosa ambición de reyes y ministros no ha sido tan fatal para la paz de Europa, en el siglo presente y en el anterior, como el impertinente celo de comerciantes y empresarios industriales (*manufacturers*). La violencia y la injusticia de los gobernantes de la humanidad es un mal antiguo, y tememos que, dada la naturaleza de los asuntos humanos, no se pueda encontrar remedio alguno a ese mal. Pero la rapacidad mezquina y el espíritu de monopolio que prevalecen entre comerciantes y empresarios industriales (que por otra parte no están llamados a ser los directores de la humanidad, ni tienen por qué serlo), aunque no puedan probablemente corregirse, sí puede evitarse que perturben la tranquilidad de otros". Esta frase, unida a la que sigue, configuran en buena parte el pensamiento central de Adam Smith: "Esta disposición a

admirar y casi idolatrar los ricos y poderosos, y a despreciar o como mínimo ignorar a las personas pobres y de modesta condición, aunque necesaria para establecer y mantener la distinción de rasgos y el orden social, es al mismo tiempo la mayor más extendida causa de corrupción de nuestros sentimientos morales.”

No deja de ser sorprendente que esta expresión, tan central en su pensamiento, lleva implícita una grave contradicción: ubica la causa de la corrupción en las sociedades modernas pero, al mismo tiempo, declara que hay que aceptarla, que hay que convivir con ella para mantener el sistema de injusticia. A partir de esta contradicción se explica por qué la economía está repleta de sofismas que socavan la propia existencia de esta ciencia. Es menester interpretar el auténtico significado de una verdadera ciencia con sentimientos morales. Y para ello simplemente lo que corresponde hacer es completar lo que Smith expresamente quiso hacer: incorporar los sentimientos morales como eje central de las motivaciones de la persona, no ya del individuo. Nadie como Leonardo Boff para expresarlo mejor: “recién ahora, luego de miles de años de exilio de valores como el sentimiento, el hombre por fin discierne acerca de la necesidad de recuperarlo como eje de las motivaciones de las personas, absolutamente indispensable para avanzar hacia un mejor humanismo.

Desde este punto de vista, el sentimiento no debe concebirse simplemente como una categoría axiológica exógena, complementaria al acto humano, sino, fundamentalmente, como parte esencial del comportamiento de las personas, ya sea frente a sí mismo, como ante sus semejantes y su entorno. Como parte de la antropología filosófica, el sentimiento es parte de la sustancia del ser de la persona, y, por tanto no puede ser considerada como algo externo o complementario. Es desde dentro de cada ser –desde el propio genoma humano que diría S. J. Gould- que el sentimiento aflora en todos los actos humanos, y, por supuesto, en los económicos. En otras palabras, el sentimiento es superior a la mera sensación alrededor de la cual se ha levantado toda la estructura “científica” de la economía.

Sin el concepto de sentimiento esta teoría se queda en una categoría pseudo-científica, es reduccionista, pues excluye al elemento central que tipifica al ser humano. Lamentablemente, la

economía positiva que lleva a la determinación de las teorías de la demanda y de la oferta, se redujo a considerar que en los actos humanos solo se podía considerar a las sensaciones obtenidas a partir de la maximización del beneficio psicológico en el momento del consumo y la producción como la “única” motivación del individuo. Nunca siquiera se pensó que podía haber otras motivaciones a pesar de que, como se ha visto, las teorías de destacados sicólogos como Maslow, Goleman y MacClelland han aportado significativamente en tiempos modernos para aclarar que la satisfacción puramente material de las necesidades era solamente una de las fases de la motivación humana en sus primeras etapas. Si se las hubiera acogido en el desarrollo del pensamiento económico, se hubiese podido promover sociedades más justas que no busquen únicamente exacerbar las satisfacciones materiales como ocurre ahora.

Si hay algo que se ha transformado en distintivo de las sociedades llamadas desarrolladas es que sus habitantes ya no saben hasta donde pueden llegar para saciar sus “pasiones materiales” en todos los campos. La razón última de la violencia en el mundo de hoy radica en esto: los seres humanos son llamados a competir por ver quien alcanza un punto más alto en la escala de la pasión material, es decir de una mayor exacerbación de la misma. La competencia ha conducido a exaltar la codicia, la gula y la lujuria. De ese modo, se trastoca las normas mismas de convivencia pacífica.

De esta manera el ser humano se aleja totalmente al otro extremo de lo que es verdaderamente su destino. La competencia entendida de este modo se convierte en la antítesis de lo que es esencial y auténtico en el hombre: la solidaridad. Así, pues, mientras más se llama al hombre a competir en el mercado, en realidad más compiten unos a otros para exacerbar las diversas formas de violencia. El ser humano se ha degradado, se ha deshumanizado.

Para que la economía pueda ser considerada verdaderamente científica debe, en primer lugar, reubicarse como parte de las ciencias filosófico-morales y no sólo como parte de las ciencias positivas. En segundo lugar, debe incorporar al sentimiento como parte esencial del comportamiento humano, comandando las pasiones y su reflejo psicológico: las sensaciones. Así, pues, el sentimiento debe pasar a ser lo que verdaderamente tipifique los actos humanos en su

comportamiento económico, de una doble manera: en forma ex ante, como categoría superior a la sensación; y en forma ex post para corregir los excesos que provocan los desequilibrios sociales. Lo anterior es válido para toda persona ya sea que actúe como consumidor, usando su libertad para limitar el consumo a lo estrictamente indispensable; ya como productor para hacerlo "eficientemente", sin despilfarrar los recursos naturales ni afectar el medio ambiente. En otras palabras, a la sociedad humana le compete producir y demandar lo que sea estrictamente necesario para que todas las personas alcancen una vida digna;

En este contexto, tanto la libertad como la equidad, en forma inseparable, deben ser los principios que guíen los actos de todas las personas en la jurisdicción que les corresponda. Los seres humanos deben pues ser "personas" en cada una de las circunstancias que les corresponda, y para serlo, deben exigirse a practicar en sociedad tanto la libertad como la solidaridad, en todo momento. Para mejorar la calidad del ser humano no hay empeño que pueda ser considerado pequeño.

No se debe olvidar que, en el acto económico una persona se realiza en tanto en cuanto este está orientado hacia el bien. Y en un sentido puramente económico un "bien" lo es en tanto beneficia al ser humano. Pero si los actos económicos están guiados por la codicia, el mismo bien cuya posesión se exagera se convierte antológicamente en un dis-bien. Su apropiación hace mal al individuo; le perjudica, pues luego de una cierta cantidad consumida o apropiada, la codicia transforma al bien en vanidad, en poder, en gula, en lujuria. Históricamente, las ciencias filosóficas siempre han cuestionado la maximización de los supuestos ben-eficios, pues,

al pasar el punto de lo que es humanamente necesario, este deja de serlo, se vuelve, repito, un dis-bien. En otras palabras, los moralistas de toda época siempre han ubicado a la codicia como la madre de todas las transgresiones morales.

En resumen: la nueva axiología económica debe expresarse no solo como un pensamiento renovado de los valores humanos esenciales sino, sobre todo, como una renovada propuesta de conducta personal dentro de la sociedad, es decir, pasar de una ética individual a la ética de "lo público". Desde esta perspectiva, todos somos responsables de la suerte de los demás. El concepto de alteridad implica que todos podamos rendir cuentas ante nuestros semejantes en todos los actos que desempeñamos en nuestra respectiva jurisdicción. Así, por ejemplo, los banqueros que tienen a su cargo los depósitos de los ahorristas, están llamados a practicar una ética "de lo público", es decir, responder en forma escrupulosa y transparente por los recursos "públicos" a ellos confiados.

Desde esta perspectiva, son responsables de lo público, no solo los burócratas que ocupan una función pública sino todos los que tienen que responder por personas y recursos a ellos encomendados. Y aquí la cadena es infinita: los maestros, los empresarios, los médicos, los jueces, etc., todos tienen que responder ante la sociedad por el manejo de lo que son derechos de terceros. Es hora ya de que los ciudadanos que se lavan las manos culpando a "los otros" por las quiebras éticas que han ahondado la corrupción y la violencia en las sociedades modernas afronten con entereza su propia responsabilidad, pues del estado del mundo somos "todos" responsables. Nos toca responder a todos frente al drama que enfrenta la sociedad contemporánea.
